

LOS MEJORES CUENTOS DE HOMBRES LOBO

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES

Autores Varios

**LOS MEJORES CUENTOS DE
HOMBRES LOBO**



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de traducción: Mestas Ediciones

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock:
Autor: Vault Designs

Primera edición: *Septiembre, 2019*
Segunda edición: *Abril, 2022*

ISBN: 978-84-17782-40-5
Depósito legal: M-26359-2019
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Los hombres lobo, también conocidos como licántropos o lobizones, representan hoy en día a seres humanos que, bajo la influencia de la Luna, se transforman en lobo. Dice la leyenda que son entes que han sido víctimas de una maldición o embrujo, y que tienen que lidiar con esa metamorfosis cada vez que se alteran, se colman de ira o surge la Luna llena, siendo un disparo con bala de plata la única manera de acabar con ellos. Sin embargo, todos estos elementos son muy modernos y propios de la narrativa más actual. Es muy posible, al menos eso afirman algunos estudiosos, que el agregado de la conversión en las noches de plenilunio sea una incorporación medieval que, a lo largo de los siglos, se ha ido puliendo hasta convertirse en lo que hoy significa y es. Con el resto de piezas características de esta temática pasa algo similar, se han ido añadiendo y perfeccionando a lo largo del tiempo con el fin de enriquecer las fábulas.

En este libro hemos querido hacer un recorrido por la leyenda de la licantropía en la literatura, de ahí que en esta recopilación de cuentos, única en el mundo, aparezcan las bestias originarias con rasgos, caracteres y propiedades humanas que hicieron creer al mito. Pero no siempre encontrarás en estos relatos a hombres lobo como tales, sino que en la mayoría de ocasiones los protagonistas serán las alimañas, con más o menos peculiaridades humanas, que dieron lugar al nacimiento de un prototipo gótico y romántico del hombre que se transfigura en un «mamífero carnicero, semejante a un perro grande, de pelaje de

color gris oscuro, cabeza aguzada, orejas tiesas y cola larga con mucho pelo, salvaje, gregario y que ataca al ganado».

El origen de la mitología *hombrelobo* es ancestral, de hecho, Platón, Ovidio o Pausanias recogieron la historia del temible rey de Arcadia, Lycaón, aquel que cocinó para Zeus carne humana, haciendo que este lo transformase en lobo como castigo.

Quizá todos, y cada uno de nosotros, tengamos un salvaje dentro que amarramos con fuerza para que no salga. Quizá el mito no sea más que un reflejo de lo que hay dentro del alma humana. Quizá todos seamos conscientes de que, más allá de que seamos buenas personas, albergamos en nuestro interior algo indomesticable que aflora en momentos de máxima tensión. Quizá, y solo quizás, sea por eso por lo que nos gustan tanto y nos fascinan las historias de hombres lobo. Quizá sean exposiciones enmascaradas de nosotros mismos, terroríficas metáforas que lo más oscuro de nuestro espíritu. Quien sabe...

«Déjate de monstruos; los monstruos no existen. Los fantasmas, los hombres lobo y las brujas son tonterías inventadas para meter miedo a los inocentes como tú. A quien tienes que tener miedo es a los hombres, no a los monstruos».

No tengo miedo, de Niccolò Ammaniti

Aquí encontrarás las primeras obras maestras del género escritas por Eugene Field, Leitch Ritchie, Émile Erckmann y Alexandre Chatrian, Catherine Crowe, Frederick Marryat, Guy de Maupassant, Saki, James Sutherland Menzies, Jack London, Horacio Quiroga, Robert E. Howard o, incluso, el grandísimo H.P. Lovecraft, quien aportó un estilo muy propio y paranormal al género.

El editor

EL HOMBRE LOBO

Eugene Field

EL HOMBRE LOBO

Eugene Field

En el reino de Egberto el Sajón vivió en Gran Bretaña una doncella llamada Isolda, a quien todos querían tanto por su discreción como por su belleza. No obstante y pese a que muchos jóvenes se le acercaban para cortejarla, ella amaba únicamente a Harold, y a él le había jurado fidelidad.

Entre los jóvenes que pretendían a Isolda había uno, Alfred, que se había sentido ofendido por su predilección por Harold, de modo que un día Alfred le dijo a Harold:

—¿Es cierto que el viejo Sigfrid saldrá de su sepultura y desposará a Isolda? —A continuación añadió—: ¡Por Dios, mi señor! ¿Por qué os habéis puesto tan pálido cuando he mentado el nombre de vuestro abuelo?

Haroldo le preguntó entonces:

—¿Qué sabes tú de Sigfrid? ¿Cuál de sus recuerdos debería acongojarme?

—Sabemos que existen ciertas historias que nos han contado nuestras abuelas y que no hemos olvidado —repuso a aquello Alfredo.

Las palabras y la sonrisa petulante de Alfred obsesionaron a Harold día y noche.

El abuelo de Harold, Sigfrid el Teutón, había sido un hombre de temperamento violento y cruel. Según contaba la leyenda, sobre él pesaba un encantamiento y en determinados momentos un espíritu maligno poseía y aprovechaba para des-

cargar toda su furia sobre la humanidad. Pero Sigfrid ya llevaba muerto muchos años, así que lo único que quedaba de él era la leyenda y una lanza hábilmente forjada que había dejado la bruja Brunilda. Esta lanza era tan asombrosa que jamás había perdido su brillo, ni su punta se había quedado roma. Reposaba en la alcoba de Harold, y era una maravilla entre las armas de aquella época.

Isolda sabía cuánto la amaba Alfred, pero ignoraba las amargas palabras que él mismo le había dejado caer a Harold. Su amor por Harold era sólido en cuanto a su confianza y piedad. Pero Alfred había discernido la verdad porque el encantamiento del viejo Sigfrid pesaba como una losa sobre Harold. Tras dormir durante cien años, había despertado en la sangre del nieto. Harold sabía que sobre él pendía una maldición y que era esto lo que parecía interponerse entre él e Isolda. Pero el amor es más fuerte que todo lo demás y Harold la amaba con todo su corazón.

Harold no le contó a Isolda nada del encantamiento, pues temía que ella lo dejase. Cuando sentía que el fuego del encantamiento le quemaba como el fuego dentro de las venas, le decía:

—Mañana me adentraré en lo más profundo del bosque para cazar jabalíes.

O bien:

—La semana siguiente acecharé a los ciervos en las lejanas colinas del norte.

Siempre había un buen pretexto que justificase sus ausencias e Isolda no pensaba nada malo, pues era confiada y, aunque se fue en muchas ocasiones y se alejaba durante varios días, ella no albergaba ninguna sospecha. Así pues, nadie había visto nunca a Harold cuando estaba bajo el poder del encantamiento.

Alfred era el único que reflexionaba sobre estas cosas.

—Algo raro pasa —decía— porque de vez en cuando este galán nos priva de su compañía. Lo cierto es que lo mejor será que no perdamos de vista al nieto de Sigfrid.

Harold sabía que Alfred no le quitaba el ojo de encima, de modo que lo atormentaba un temor constante de que Alfred descubriese su maldición. Sin embargo, lo que realmente le provocaba angustia era que el encantamiento se apoderara de él delante de Isolda y le obligase a dañarla. Así pues, Harold vivía en un constante temor, sintiendo que para su amor no había esperanza, ya que ignoraba la forma de remediar el mal que lo acuciaba.

Fue en aquellos años cuando el país comenzó a ser azotado por un hombre lobo, un licántropo feroz, una criatura que temían todos los caballeros, sin importar lo valerosos que pudiesen ser. Este hombre lobo era un ser humano durante el día, pero de noche se transformaba en un lobo que se entregaba a la destrucción y a la matanza, y tenía una vida mágica contra la cual ningún hombre podía luchar. Allá donde iba, atacaba y devoraba personas, sembrando el terror y la desolación por todo el reino. Ante esto, los magos aseguraban que no se liberaría este mundo del hombre lobo hasta que un hombre se brindase él mismo en sacrificio voluntario para aplacar la ira del monstruo.

En cuanto a Harold, aunque era conocido por ser un magnífico cazador, jamás había sido convocado para dar caza al hombre lobo; por otra parte, curiosamente el licántropo nunca acechaba donde él estaba, de modo que aquello despertaba los celos de Alfred, que muy a menudo decía:

—Nuestro Harold es un extraordinario cazador. ¿Quién mejor que él para dar caza al tímido gamo o al evasivo jabalí? Y, sin embargo, siempre se encuentra ausente durante las apariciones del hombre lobo. Semejante valor le sienta muy bien a nuestro joven, el nieto de Sigfrid.

Al llegar estas palabras a oídos de Harold, su corazón se encendió de rabia, pero no respondió por miedo a delatar la verdad que tanto temía.

Por aquel entonces Isolda le dijo un día a Harold:

—¿Vendrás conmigo mañana a la fiesta en la gruta sagrada?

—No puedo acompañarte —le respondió Harold—. Me han convocado para ir a una misión en Normandía. Pero por el amor que me tienes, te suplico que no acudas sin mí a la fiesta en la gruta sagrada.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Isolda—. ¿Que no acuda a la fiesta de Santa Ælfreda? Mi padre se enfadará muchísimo si no voy allí con el resto de las doncellas. Sería una pena que lo decepcione de esa manera.

—No lo hagas, te lo ruego —insistió Harold—. ¡No vayas a la fiesta de Santa Ælfreda en la gruta sagrada! Si de verdad me quieres, no acudas. ¡Te lo suplico de rodillas! No vayas a la gruta mañana por la noche.

A Isolda le sorprendían sus actos y sus palabras. Pero después y por vez primera, creyó que él sentía celos, lo cual le produjo un secreto placer.

—Así que dudas de mi amor —dijo ella; pero cuando vio que a su rostro asomaba una mirada cargada de dolor añadió, como lamentando las palabras que había dicho—: ¿O es que acaso te da miedo el hombre lobo?

Harold respondió entonces, con los ojos fijos en los de ella:

—Tú lo has dicho, mi señora; al hombre lobo es a lo que tanto temo.

—¿Por qué me miras de esa forma tan extraña, Harold? —le preguntó Isolda—. ¡Por esa luz tan violenta que brilla en tus ojos una casi podría decir que eres tú mismo el hombre lobo!

—Ven aquí, siéntate a mi lado —dijo Harold, temblando—, y te contaré por qué temo tanto dejarte ir a la fiesta de Santa Ælfreda mañana por la noche. El caso es que hace poco soñé

que yo era el hombre lobo y que un anciano se colocaba junto a mi cama, como si me arrancara el alma de mi pecho.

»«¿Qué haces, anciano?».

»«Tu alma es mía —dijo él—; a partir de ahora vivirás bajo mi hechizo. Tu alma me pertenece».

»«¡Tu hechizo no pesará sobre mí! —grité— ¿Qué te he hecho yo para que tu magia me atormente? No te apoderarás de mi alma».

»«Sufrirás por semejante ofensa, y conocerás el infierno con mi encantamiento. Así está decretado».

»Así fue cómo me habló el anciano y sentí entonces que me arrebatava el alma. Luego me dijo: «Vamos, busca y mata». Entonces yo me vi convertido en un lobo que corría por los páramos.

»La hierba seca crujía bajo mis patas. La oscuridad de la noche era densa y me oprimía. Horrores extraños me atormentaban el alma, que gemía sin cesar en aquel cuerpo lobuno. El viento me susurraba con miles de voces y me hablaba diciéndome:

»«Vamos, busca y mata».

»Y por encima de esas voces resonaba la risa horrible de un anciano.

»Corrí por el páramo sin saber muy bien por qué lo hacía. Llegué a un río y me zambullí en el agua. Me quemaba una ardiente sed, así que bebí las aguas del río. A mi alrededor unas llamaradas resplandecían, el viento silbaba y decía:

»«Vamos, busca y mata». Y en cada sombra oí la risa del anciano.

»Delante de mí se extendía un bosque con sus figuras impenetrables, con sus cuervos, sus murciélagos, sus serpientes, sus reptiles, y todas sus espantosas criaturas de la noche. Me arrojé entre los espinos, entre la hojarasca, las ortigas y las zarzas. Los búhos ululaban y las espinas me laceraban la carne.

»«Vamos, busca y mata», me decían todos.

»Los conejos huían a mi paso, y los demás animales corrían en sentido contrario al mío; todas las formas de vida chillaban en mis oídos. El encantamiento estaba en mí, yo era el hombre lobo.

»Corría como el viento, mi alma gemía en su prisión lobuna y, entretanto, el viento, las aguas y los árboles me susurraban:

»«Vamos, busca y mata; tú, bestia; vamos, busca y mata».

»En ningún lugar había piedad para el lobo; entonces, ¿qué misericordia podría tener yo, como lobo?

»El encantamiento estaba sobre mí y me llenaba de hambre y sed de sangre. En mi fuero interno grité:

»«¡Sangre, sí, sangre humana; que esta rabia se pueda aplacar; que este encantamiento se pueda deshacer!».

»Finalmente llegué a la gruta sagrada. El manto de la noche cubría los álamos, los robles se cernían sobre mí. Un anciano se detuvo delante de mí. Era él, el mismo anciano siniestro por cuya brujería tanto sufría. No me asustó. Todas las demás criaturas vivientes huían ante mi presencia, pero el anciano no me tenía ningún miedo. Una doncella se detuvo junto a él, pero no me veía porque era ciega.

»«¡Mata! ¡Mata!», exclamó el anciano, señalando a la niña que estaba a su lado.

»Dentro de mí rugió el infierno. La maldición me empujaba. Salté sobre su garganta. Escuché al anciano reír una vez más y entonces... desperté, temblando, helado y presa del horror.

En cuanto Harold terminó de narrar su sueño, entró Alfred.

—¡Ay, Señora! —exclamó él—. Creo que nunca he visto un rostro tan triste.

Entonces Isolda le dijo que Harold le había rogado que no acudiese a la fiesta de Santa Ælfreda en la gruta sagrada.

—Esos temores son infundados —dijo Alfred, alardeando—. Y vos, dulce y sufrida señora, yo seré vuestro acompañante en

la fiesta y seremos escoltados por un grupo de mis escuderos. No habrá hombre lobo que pueda con nosotros.

Isolda rio feliz, y Harold dijo:

—Muy bien, irás a la gruta sagrada, y ojalá que mi amor y la gracia de Dios te ampare frente a cualquier mal.

Harold fue entonces a su casa y le entregó la vieja lanza de Sigfrid a Isolda. Al depositarla en sus manos, le dijo:

—Llévate contigo esta lanza a la fiesta de mañana por la noche. Es la vieja lanza de Sigfrid y simboliza la fuerza y la virtud.

Harold tomó la mano de Isolda y la llevó a su corazón, después la bendijo, le besó la frente y los labios, y le dijo:

—Adiós, amada mía. ¡Cuánto más me querrás cuando sepas mi sacrificio! Adiós, adiós, para siempre, oh, amada mía.

Harold siguió entonces su camino e Isolda permaneció en el mismo lugar en donde estaba, consternada.

A la noche siguiente, Isolda acudió a la gruta sagrada donde había dado comienzo la fiesta, llevando la vieja lanza de Sigfrid en su cinturón. Alfred la acompañaba y había varios soldados detrás de él. En la gruta reinaba una gran alegría, y la gente celebraba la fiesta de Santa Ælfreda con cánticos, bailes y juegos.

Fue entonces cuando se produjo un terrible tumulto y resonaron los gritos de: «¡El hombre lobo! ¡El hombre lobo!».

Todos quedaron paralizados por el terror, y hasta los corazones de los hombres más fuertes se helaron. El hombre lobo salió de lo más espeso del bosque, rugiendo, bramando y haciendo rechinar los colmillos mientras una espuma amarilla le caía de las fauces. Corrió directamente a Isolda, como si un poder diabólico lo dirigiese hacia el lugar donde se encontraba ella. Pero Isolda no estaba atemorizada. Por el contrario, se irguió como si fuese una estatua de mármol y contempló al hombre lobo mientras iba hacia ella. Los lanceros, soltaron sus

antorchas, se protegieron con sus escudos y huyeron. Únicamente se quedó Alfred para presentar batalla al monstruo.

Levantó su pesada lanza ante el licántropo que se acercaba y la arrojó contra la erizada espalda del hombre lobo. Sin embargo, el arma era débil.

El hombre lobo fijó entonces su mirada en Isolda y durante unos instantes se preparó en la sombra para saltar sobre ella. Esta recordó las palabras de Harold, sacó la vieja lanza de Sigfrid de su vaina, la levantó y la arrojó con la fuerza de la desesperación a través del aire.

El hombre lobo vio el arma brillante, y de su garganta brotó un grito. Fue un grito de agonía humana e Isolda observó en los ojos del hombre lobo los de alguien que ella había visto y conocido, pero solo fue un instante porque a continuación los ojos ya no fueron humanos, sino los de una bestia feroz.

Una fuerza sobrenatural pareció impeler la lanza a lo largo de su vuelo, que con una puntería sobrenatural se hundió en el centro del hirsuto pecho de lobo, justo sobre el corazón. Un monstruoso aullido rasgó el aire y el hombre lobo cayó fulminado entre las sombras.

Entonces sí que se produjo un gran júbilo y se profirieron grandes aclamaciones mientras, hermosa en su trémula palidez, Isolda fue conducida hasta su casa, donde todo el mundo se reunió para celebrar un gran festejo en su homenaje, pues el hombre lobo estaba muerto y era ella quien lo había matado.

Pero Isolda exclamó entonces:

—Vamos, buscad a Harold. Quiero que venga conmigo. No comáis ni durmáis hasta que hayáis dado con él.

—Mi buena señora —dijo Alfred—. ¿Cómo van a hacerlo si él ha partido hacia Normandía?

—No me importa dónde esté —exclamó ella—. Mi corazón sufrirá hasta que pueda verme de nuevo en sus ojos.

—Seguramente no se haya marchado a Normandía —dijo Huberto—. Este vecino lo vio entrar en su casa.

Todos se apresuraron a ir en pelotón a la casa del vecino en cuestión. La puerta de su alcoba estaba cerrada.

—¡Harold, Harold, venid! —exclamaron mientras golpeaban la puerta, pero nadie respondió a los gritos y a los golpes.

Temerosos, algunos tiraron la puerta abajo y, cuando esta cayó, vieron a Harold tendido en su cama.

—Duerme —dijo uno—. Mirad, tiene un dibujo en la mano. Es el retrato de Isolda. ¡Qué apuesto está y con qué tranquilidad duerme!

Pero se equivocaban y Harold no estaba dormido.

Su rostro estaba en calma, con una hermosa expresión, como si soñase con su amada Isolda, pero sus ropas estaban teñidas con la sangre que brotaba de una herida abierta en el pecho, una horrenda herida, como hecha con una lanza, justo encima del corazón.

HISTORIA DE UNA MUJER LOBA

Catherine Crowe

HISTORIA DE UNA MUJER LOBA

Catherine Crowe

Sucedió una hermosa mañana estival del año 1596. Dos jóvenes estaban sentadas a la puerta de una bonita cabaña de un pueblecito situado en el corazón de las montañas de Auvernia. La casa pertenecía a Ludovique Thierry, un albañil bastante próspero. Una de las muchachas era su hija Manon, la otra era su sobrina Françoise, hija de su cuñado Michel Thilouze, un médico.

La madre de Françoise había fallecido unos años atrás y Michel, un extraño anciano, había aprendido las enseñanzas místicas medievales y había educado a su hija siguiendo sus propios criterios. Le había enseñado algunas cosas inútiles e insustanciales, pero otras eran hermosas y ciertas. No solo la instruyó en la forma de obtener información de los libros, sino que se la llevaba al campo y le enseñó los nombres de cada hierba y cada flor, explicándole sus propiedades y, dirigiendo su atención «hacia el magnífico firmamento que tenemos encima», le había contado todo lo que se sabía hasta entonces sobre las esferas doradas que giraban sobre ella.

Pero Michel también era un alquimista y durante años había malgastado su salud con vigiliass nocturnas sobre crisoles y su fortuna en carísimos experimentos. Pero ahora, ¡ay!, casi contaba setenta años de edad y diecisiete su adorada Françoise sin que sus trabajos se hubiesen visto recompensados con el elixir de la vida ni con la piedra filosofal. Fue en aquel momento cru-

cial, en que sus recursos comenzaban a faltarle y sus esperanzas se desvanecían, cuando recibió una carta de París informándole de que el gran secreto finalmente había sido descubierto por un italiano que había llegado allí no hacía mucho tiempo. Con esta información, Michel pensó que lo más prudente sería no seguir perdiendo tiempo y dinero dando palos de ciego en la oscuridad y acudir de inmediato a la fuente de luz. Así pues, envió a Françoise a pasar un tiempo con su prima Manon mientras él viajaba a París para visitar al filósofo bendecido por el éxito.

Aunque amase sinceramente a su padre, el cambio no desagradó en lo más mínimo a Françoise. El pueblo de Loques, donde vivía Manon, aunque humilde era más alegre que la solitaria morada del médico. Además, la conversación de la joven era más entretenida que las especulaciones soñadoras del viejo alquimista. Por otra parte, Manon también ganaba con la llegada de su prima, pues llevaba la cabeza muy alta debido a que su padre era el hombre más rico del pueblo y era de algún modo agradable reconocer ante las damiselas del pueblo que tenía una amiga íntima, así que una visitante tan anodina como Françoise era más que bienvenida. Así pues, ambas partes se mostraban contentas, y las jóvenes preveían un par de meses de agradable compañía en el instante en que se las hemos presentado a nuestros lectores, mientras ellas se hallaban sentadas en el frente de la cabaña.

—No hay quien aguante el calor del verano, Manon —dijo Françoise—. Tengo que volver dentro.

—Ve —repuso Manon.

—Pero ¿es que no vas a entrar tú también? —preguntó Françoise.

—No; no me molesta el calor —repuso su prima.

Françoise recogió su labor y entró en la casa, pero como Manon se había quedado fuera, el deseo de charlar pronto se impuso al miedo al calor, así que se acercó de nuevo a la puerta, quedándose parcialmente en la sombra, de modo que pudiesen

continuar hablando. Como no aparecía nadie dispuesto a enfrentarse al calor, salvo Manon, la callecita estaba vacía y en silencio, de modo que se oyó el sonido de los cascos de un caballo por el puente levadizo que había a la entrada del pueblo antes de que se pudiese ver al animal o a su jinete. Françoise sacó la cabeza para mirar en la dirección de donde procedía el sonido y, al no ver a nadie, volvió a meterla. Manon, en cambio, tras lanzar una mirada casi imperceptible, volvió a su labor, como si estuviese muy interesada con lo que estaba haciendo. Sin embargo, si Françoise hubiese podido contemplar el rostro de su prima, el rubor que lo tiñó y la palidez que le sucedió, se habría despertado en ella la sospecha de que Manon no estaba al sol porque le gustase.

Cuando el caballo se acercó, pudo verse que el jinete era un caballero alegre y apuesto, vestido a la moda, mientras que el rico bordado de su capa corta echada con gracia sobre su hombro izquierdo y centelleando al sol daba testimonio de su aire distinguido y de su alto rango y condición. Françoise, que jamás había visto nada tan brillante y hermoso antes, quedó absorta con la contemplación de aquel agradable espectáculo, de modo que se olvidó de su timidez o de ocultar su bello rostro y continuó contemplándolo a medida que se acercaba con los ojos y la boca muy abiertos, sin darse cuenta de que la sorpresa era mutua. Hasta que él no se quitó el sombrero y rindió homenaje a sus encantos con una reverencia, ella no apartó la mirada y enrojeció. Entonces y sin querer retrocedió hacia el pasillo, pero cuando el caballo y su jinete pasaron por delante de la puerta, ella volvió a donde estaba casi involuntariamente y sacó la cabeza para mirarlo. También él se volvió y «montó con los ojos girados hacia atrás», y en cuanto la contempló volvió a descubrirse la cabeza y avanzó con paso lento.

—¡Caramba, *mam'selle*^[1] Françoise, esto sí que es asombroso, ya lo creo! —dijo Manon con las mejillas encendidas y mirada enojada—. ¡No sabía que conocieses a Monsieur de Vardes!

[1] *Mademoiselle*, «señorita». En francés en el original.

—¿A quién? —preguntó Françoise—. ¿Es ese Monsieur de Vardes?

—¡Pues claro! —repuso Manon—. ¿Ahora vas a decirme que no lo sabías?

—Claro que no —respondió Françoise—. No lo había visto en mi vida.

—¡Oh, vamos! —replicó Manon con una risa incrédula—. ¿Piensas que soy tan tonta como para creerte?

—¡Pero qué bobada, Manon! ¿Cómo voy a conocer yo a Monsieur de Vardes? Pero, dime más de él. ¿Vive en el château?

—Ha estado allí últimamente —dijo Manon, enfurruñada.

—¿Y ha vivido allí antes? —quiso saber Françoise.

—Ha estado viajando, según creo —respondió Manon.

Y era cierto. Víctor de Vardes había estado recorriendo Europa, visitando cortes extranjeras, participando en justas y ganándose los corazones de las doncellas, pero ahora había regresado al château de su padre, el cual, creyendo que ya era hora de que su hijo se casase, lo había llamado de vuelta para que cortejase a Clémence de Montmorenci, una de las más ricas herederas de Francia.

Víctor había dejado su casa siendo muy joven y se había enamorado una docena de veces, pero lo cierto es que su corazón jamás se había visto tocado. Sus amores habían sido meros caprichos juveniles «muertos antes de nacer siquiera», extinguiendo uno el fuego del siguiente antes de que hubiese tenido tiempo de lastimarse a sí mismo o a nadie más. Así pues, cuando oyó que iba a casarse con Clémence de Montmorenci, no sintió ningún reparo y se preparó para obedecer las órdenes de su padre sin rechistar. Tras ser presentado a la dama, no se sintió atraído por ella. Parecía amable, sensata y gentil, pero era decididamente aburrida y vestía fatal. Víctor no se sintió en absoluto dispuesto a amarla. Sin embargo, por otra parte, tampoco le disgustaba. Además, como su corazón estaba libre, se mostró completamente dispuesto a satisfacer los deseos de

su familia y los de la familia de ella, que había arreglado este matrimonio por mutua conveniencia.

Así fue cómo inició esta carrera del amor, que consistía en ir todos los días a caballo hasta el château de su suegro, donde, si había gente, se divertía y a menudo se quedaba allí una buena parte de la mañana. Ahora bien, resulta que su camino pasaba por el pueblo de Loques, donde vivía Manon, y un día en que la vio sentada a la puerta la saludó con la galantería de un alegre caballero. Manon, que era tan vanidosa como bonita, aceptó con gusto aquel homenaje a su belleza. En realidad lo hizo con tanto gusto que desde entonces no desaprovechaba la ocasión de hacerse la encontradiza para disfrutar de aquello. Así pues, el saludo que había dado comienzo de manera accidental, nacido de una repetición diaria, maduró hasta transformarse en una especie de cortejo silencioso. El joven conde sonreía, ella se sonrojaba y esbozaba una media sonrisa también. Aunque él no pensaba en ella para nada, ella sin embargo había llegado a creer que él sí estaba enamorado y que por aquel motivo pasaba por delante de su puerta tan a menudo.

Pero en esta ocasión la visión del bello rostro de Françoise sí que había impresionado al joven. Es difícil decir por qué un caballero, que contempla las facciones de una hermosa muchacha con indiferencia, «pierde la cabeza» al ver a otra que el mundo considera de lo más normal. Sin embargo, este fue el caso de Víctor. Su corazón parecía presa de una tormenta. No podía olvidar aquellas hermosas facciones. Aunque se riese de sí mismo por haberse prendado de una belleza de baja cuna, no pudo reírse de la impaciencia que sentía por montar en su caballo y regresar con la esperanza de contemplarla una vez más. Pero esta vez solo Manon estaba visible. Aunque él se rezagó y paseó la mirada por la cabaña y observó las ventanas, no pudo divisar el más mínimo vestigio de la adorable visión.

—Tal vez no viva allí... Probablemente haya ido a visitar a la otra muchacha.

Habría dado lo que fuese por preguntarle a Manon, pero jamás le había dirigido la palabra y hacerlo por primera vez con semejante pregunta era imposible, al menos así lo pensaba Víctor, pues su conciencia le habría impedido desvelar los motivos de su interés. Así pues, saludó a Manon y continuó. Sin embargo, aquellos ojos ansiosos, el paso lento y el frío saludo no fueron para ella. Además, él había regresado del château de Montmorenci antes de lo habitual y a la mortificada damisela no se le había escapado el motivo de aquel cambio de hábitos.

Manon era la clase de mujer con quien se puede convivir sin problema siempre que no haya ningún choque con su vanidad. Ahora bien, una vez que se ha producido la colisión, su naturaleza apasionada y el despertar de un veneno latente probablemente serán la perdición de quien la haya ofendido. Aunque jamás se habían «prometido amistad eterna» ni habían fingido sentir un afecto especial, hasta entonces las muchachas habían sido muy buenas amigas. Manon era consciente de que Françoise poseía unos conocimientos de los que ella carecía por completo. Pero como ella no valoraba el saber ni tenía la más ligera idea de cuánto valía, tampoco la atormentaba la ignorancia ni envidaba a quienes sí tenían conocimientos, ajena a la ventaja que estos suponían. Pero cuando se trataba de belleza la cosa cambiaba. Siempre se había convencido de que era la más hermosa de las dos. Poseía unos ojos y un cabello negros y brillantes, y creía realmente que los ojos azules y el cabello castaño de su prima no valían para nada.

Pero el evidente sobrecogimiento que había mostrado el joven conde le había mostrado una rival allí donde ella no lo habría ni sospechado, y su humillación fue tan grande como su sorpresa. Fue entonces cuando no supo qué hacer. Si no se sentaba a la puerta, no vería a Monsieur de Vardes; pero si lo hacía, probablemente su prima también lo haría. Aquello era de lo más desconcertante. Sin embargo, Françoise resolvió el problema sentándose a la puerta por propia voluntad. Al ver aquello, Manon la imitó para observarla, pero se mostró

malhumorada e irascible. Y cuando Víctor no solo se fijó en Françoise como la vez anterior, sino que aprovechó la ocasión para apearse de su montura con la excusa de ajustar las cinchas, justo frente a la puerta, ella a duras penas pudo controlarse.

Sería muy tedioso explicar con detalle cómo, durante los dos meses siguientes, se llevó a cabo aquella especie de cortejo silencioso. Baste decir que cuando finalizó la visita de Françoise a Loques, ella había conquistado el corazón de Víctor y él el suyo, aunque jamás hubiesen cambiado una sola palabra. Así pues, cuando la llamaron a Cabanis para reunirse con su padre, ella estaba completamente dividida entre la dicha de volver a ver a su querido y anciano padre y el duelo por la pérdida, según creía ella, de cualquier posibilidad de ver de nuevo al primer amor de su joven corazón.

Pero he aquí que sus temores la engañaron. La pasión de Víctor había vencido esta vez su retraimiento y se las había arreglado para enterarse por medio del herrero del pueblo de todo lo que quería saber un día que muy oportunamente su caballo perdió una herradura. Puesto que Cabanis no estaba muy lejos del château de Montmorenci, aprovechó la primera ocasión que se le brindó para ir a visitar al viejo médico so pretexto de que necesitaba sus consejos.

Al principio no tuvo éxito y no pudo ver a Françoise, pero lo consiguió a base de perseverar. Cuando finalmente se conocieron, él se quedó tan encantado y sorprendido por lo cultivada que ella era como por la belleza de su persona. Para Víctor tampoco fue difícil conquistar el corazón del alquimista, ya que el joven realmente sentía curiosidad e interés no fingidos sobre las investigaciones que se hacían en secreto durante aquella época. Así pues, poco a poco, pasaba cada vez menos tiempo en el château de Montmorenci y más en casa del médico. Entonces, en los verdes claros de aquellos vastos dominios que se extendían a lo largo de varias millas alrededor, Víctor y Françoise paseaban cogidos del brazo, él jurando amor eterno y decla-

rando que el gran patrimonio de los Montmorenci jamás lo tentaría tanto como para renunciar a su amor.

Pero aunque fuesen felices «olvidándose del mundo», ellos en cambio no fueron «olvidados por el mundo». Desde el primer saludo de Víctor a Françoise, Manon se había convertido en su implacable enemiga. Su orgullo le había hecho ocultar tanto como podía el motivo de su odio. Françoise, que había oído de sus labios que no conocía a Víctor, no podía achacar su creciente frialdad a los celos. No obstante, cuando se marchó, ambas estaban completamente alejadas y cuando Françoise llegó a su casa, la comunicación entre ambas primas cesó y pasó un tiempo hasta que Manon supo de las visitas de Víctor a Cabanis, pues aquella dichosa ignorancia no estaba destinada a continuar.

Había un joven al servicio de la familia Montmorenci llamado Jacques Renard. Era uno de los grandes favoritos del marqués, que se había comprometido a darle sustento cuando siendo muy pequeño se quedó sin nada debido a la muerte de sus padres, que eran unos antiguos arrendatarios de la finca. Jacques, que ahora ejercía el oficio de secretario personal de su amo, estaba totalmente enamorado de la hija del alquimista y Françoise, que apenas había visto nada de este mundo como para hacer distinciones, tampoco le había parado los pies. El corazón de ella estaba de hecho intacto, pero las jóvenes a menudo no conocen sus propios corazones. Así pues, cuando Françoise conoció a Víctor de Vardes, conoció el amor por primera vez y descubrió que no albergaba ese sentimiento por Jacques Renard. Las confianzas que antes le había dado fueron retiradas hasta mortificar terriblemente al despedido pretendiente que, como es natural, sospechó que existía un rival y sentía una curiosidad malsana por saber quién podría ser, cosa que no tardó en averiguar.

Aunque Françoise y su amante se mantuviesen cautelosamente lejos de las partes de la finca que más probablemente frecuentaría la familia Montmorenci, evitando así un molesto

encuentro con ellos, no podían tener el mismo éxito a la hora de eludir la vigilancia de los guardabosques. Así pues, antes de que la heredera o Manon recelase sobre cómo pasaba Víctor su tiempo, aquellos hombres sabían que los dos jóvenes pasaban las horas juntos en los bosques o en la casa del alquimista, que estaba situada en la linde de la finca. Dio la casualidad de que el jefe de los guardabosques, Pierre Bloui, pretendía a Manon. Era un excelente cazador, pero débil, ignorante y sin educación, de modo que ella le había mostrado su desprecio y había rechazado sus propuestas en varias ocasiones. Sin embargo, Pierre, cuya torpeza lo hacía insensible, jamás había desesperado. Sabía que su situación lo convertía, desde el punto de vista pecuniario, en un magnífico partido y que el viejo Thierry, el padre de Manon, era amigo suyo. Por aquel motivo él perseveraba en sus atenciones y rara vez iba a Loques sin aprovechar la ocasión para hacerle una visita a Manon, así que de sus labios supo ella por primera vez lo que sucedía en Cabanis.

—¡Ay! —dijo Pierre, que no albergaba la más mínima sospecha sobre los celos que estaba despertando—. ¡Ay, el escándalo que se va a formar cuando llegue a oídos de la familia! ¿Qué dirán el marqués y el viejo conde de Vardes cuando descubran que, en vez de cortejar a *mam'selle* Clémence, pasa todo el tiempo con Françoise Thilouze?

—Pero ¿es que no está ya enfadada *mam'selle* Clémence al ver que él no pasa más tiempo con ella? —preguntó Manon.

—No lo sé —repuso Pierre—; pero eso es lo que estaba pensando en preguntarle a Jacques Renard en cuanto se venga conmigo de caza.

—¡Estoy segura de que yo no lo soportaría si fuese ella! —exclamó Manon sacudiendo la cabeza—; y creo que usted haría muy bien en decírselo a Jacques Renard. Además, esto no puede hacerle ningún bien a Françoise porque está claro que el conde ni se plantea la posibilidad de casarse con ella.

—No sé yo —repuso Pierre—. Margot, su doncella, me contó otra cosa.

—¡No querrá decir que el conde va a casarse con Françoise Thilouze! —exclamó Manon sin disimular su asombro.

—Margot dice que sí —respondió Pierre.

—Bueno, entonces solo puedo decir —casi gritó Margot con la cara encendida por la pasión— que ella debe haberlo embrujado, ¡ella y el viejo brujo de mi tío!

—Bueno, tampoco me extrañaría —dijo Pierre—. Muchas veces he pensado que el viejo Michel sabe más cosas de las que debería.

Manon en realidad no creía aquello, pero el influjo de las peores pasiones que ardían en su pecho en esos momentos hizo que ella asintiese con la cabeza, como si estuviese completamente convencida de aquello... de hecho como si supiese más de lo que decía. Así fue cómo despachó al pobre y supersticioso Pierre con la idea de que no perdiese el tiempo y hablase con sus compañeros de caza. Tampoco pasó mucho tiempo antes de que Jacques Renard supiese de las atenciones que le prestaban a Françoise, acompañadas de ciertas sugerencias sobre que Michel Thilouze y su hija eran lo que los escoceses llaman algo no natural, cosa que los guardabosques no tuvieron dificultad en creer.

Entretanto, a Clémence de Montmorenci no se le había pasado por alto cómo las atenciones de Víctor iban decayendo cada día. Es cierto que él nunca había insistido mucho en su cortejo, pero ahora no insistía nada. ¡Jamás hubo un amante tan laxo! Pero como el enlace había sido organizado por los padres de los jóvenes y no era una elección de sus corazones, ella contemplaba el alejamiento de él más con sorpresa que con dolor.

Pese a todo, los miembros más ancianos de ambas familias estaban lejos de sentir la misma indiferencia, de manera que cuando supieron por boca del irritado y celoso Jacques Renard el motivo del abandono, su indignación no conoció límites. Era especialmente deseable que las fincas de los Montmorenci y

los De Vardes se uniesen, y que la plebeya Françoise Thilouze, hija de un médico pobre que probablemente ni sabía quién era su abuelo, pudiese ocupar el lugar designado para la heredera de cien cuarteles^[2] y mezclar su sangre con la que corría pura por las venas de los orgullosos De Vardes no era algo que estuviesen dispuestos a soportar.

Las mayores objeciones y protestas se intentaron en primer lugar con Víctor, pero fue en vano. «Estaba enamorado y le encantaba la ruina». Tras el fracaso de esta medida, se debía recurrir a otras. Como en aquellos días el orgullo por el linaje, el desdén hacia los derechos del pueblo, la ignorancia y la superstición estaban en su cúspide, tampoco dolían prendas en cuanto a los medios siempre que se alcanzase el fin.

Es muy probable que aquellas grandes personas creyesen en la brujería. Los instruidos, al igual que los ignorantes, creían en ella en aquella época. Por eso, una perversión de los sentidos como la admiración de Víctor por Françoise les pareció injustificada a personas totalmente incapaces de concebir que el mérito fuese acompañado del rango, de modo que aquello parecía justificar sus sospechas. Así pues, cuando Jacques insinuó la idea que predominaba entre los guardabosques con respecto a Michel y su hija, la aceptaron sin reparos.

Es difícil saber si Jacques creía en su propia declaración. Probablemente no fuese así, pero satisfacía su odio y le servía de venganza, de modo que su poco escrupulosa naturaleza no buscó más. El marqués sacudió la cabeza con aire ominoso, adoptó un aire digno y grave, dijo que aquello debía ser investigado y pidió que los guardabosques y quienes habían tenido las mejores oportunidades de observar no quitasen ojo de encima al alquimista y a su hija. Quería que tratasen de obtener alguna prueba de sus malas prácticas mientras él pensaba qué era lo que debía hacerse en semejante situación de emergencia.

[2] Aquí se hace referencia a los escudos de armas de los nobles, que se dividían en cuatro partes o cuarteles.

Fin de la edición promocional